

¿Es peligrosa la casa?

RAMON SANCHEZ-OCAÑA

LA norma periodística elemental aconseja no comenzar nunca con una pregunta. Porque precisamente, el periodista debe dar respuestas. Pero el tema conviene que nos lo planteemos como una cuestión a determinar por nosotros mismos.

Pensemos: la Organización Mundial de la Salud dice: «El automóvil más veloz, el avión, la montaña más escarpada, un barco dando bandazos en plena tempestad son menos peligrosos que la escalera o el dormitorio de cualquier vivienda. El tubo de pastillas que alguien dejó sobre la mesa por descuido, el agua hirviendo que se derrama, un destornillador o cualquier otra herramienta olvidada causaron entre la infancia más inválidos, más muertes que la poliomielitis o la tuberculosis.» El testimonio es, desde luego, escalofriante.

Hemos construido una civilización que no favorece en nada el desarrollo humano. Si nuestro sentido de la supervivencia física hubiera presidido la construcción de nuestras viviendas, no estaríamos, en el sentido más propio de la palabra, habitando en un lugar permanente peligroso. Y, sin embargo, estamos.

Al analizar los porqués, no hay duda de que podemos echar mano de una serie de causas, en donde quedamos exculpados. Es posible hasta apelar a la especulación del suelo. Pero ese es otro problema. Lo cierto es que nosotros, nosotros mismos, no hemos tomado conciencia del accidente. No nos hemos preparado para ello. No nos damos cuenta de que el accidente, casi nunca es accidental. Y valga la contradicción. Casi todos los accidentes podrían haberse evitado. Especialmente los que se producen en el hogar.

No se trata de que vayamos por la vida obsesionados con la prevención. Pero una cosa es la obsesión y otra muy distinta dejar la lejía metida en una botella de cerveza o de cola, debajo de la cocina. O tener la sartén con el mango hacia afuera. Haga la prueba. Pregunte ahora al ama de casa que tenga más cerca:

— ¿Dónde guarda las cosas de la limpieza: el aguarrás, la lejía, el detergente...?

La mayoría de encargadas de la ca-



sa —sea madre o no— tienen un lugar debajo del fregadero para ese tipo de elementos.

Y hay que decirles con letra bien grande, que en los primeros años de la vida de un niño, la intoxicación más frecuente es por productos de limpieza. ¿Y cuál es la causa? Simplemente que a esa edad, el niño gatea, va por el suelo, y *tiene a mano* esa botella, ese resto de tinte, de pintura, de cola... (No parece necesario insistir en el inmenso error que supone cambiar un producto de su envase original, especialmente si el trasvase se hace a botellas que al niño le resultan familiares. Constituye, desde el punto de vista de la seguridad, una auténtica aberración.)

Cuando el niño es un poco mayor, y ya anda, la intoxicación ya no se produce por las cosas de la limpieza, sino por medicamentos. Y es que el niño ha cambiado su postura. Del ga-

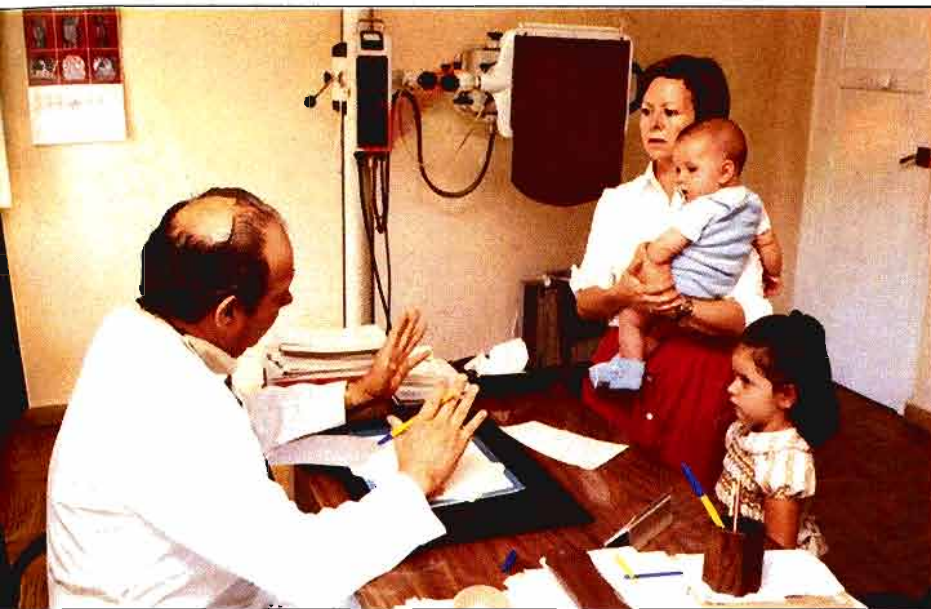
teo por la cocina, pasó a tener acceso a la mesita de noche. Piensen un momento: ¿Qué guarda en la mesita de noche? ¿No tendrá el resto de un tubo de calmante? ¿O ese sedante que compró cuando no podía conciliar el sueño? Por favor, vaya a la mesita de noche. Piense por un momento en un niño que se siente atraído por las pastillas de colores que creará que son caramelos... Sobre todo si alguna vez, para que las tomara, se le dijo que eran, efectivamente, caramelos.

Indudablemente seguimos con los niños, porque uno de los mayores volúmenes de sus accidentes se producen, precisamente, en el hogar.

Caldas y tráfico no suelen ser en la casa los mayores peligros, como es evidente. Pero aparte de las intoxicaciones —que casi siempre son en la casa y, desde luego, perfectamente evitables si ponemos un mínimo cuidado, y un bastante de consciencia—

¿Dónde guarda el ama de casa las cosas de limpieza: el aguarrás, la lejía, el detergente...?

En los primeros años de la vida de un niño, la intoxicación más frecuente es por productos de limpieza.



las quemaduras son un apartado dramáticamente importante. Se ha calculado que las quemaduras representan el 3 por 100 del total de accidentes, y son la quinta causa en frecuencia y también la quinta en mortalidad.

No podemos olvidar tampoco, que el accidente por quemadura tiene una importancia añadida: normalmente son motivo de estancias hospitalarias prolongadas y tratamientos dolorosos; pueden causar deformaciones que necesitan reconstrucción plástica y desde luego pueden crear problemas psicológicos de gran trascendencia por la edad a que se producen.

Si nos preguntáramos con qué se quema un niño en una casa, las respuestas son bien simples. Y llevan implícita ya una acusación hacia nosotros, los adultos.

Sólo pueden quemarse con líquidos calientes, lumbre baja, llama y electricidad.

La primera causa podría evitarse siempre: la cocina es el lugar más peligroso para el niño. Si es inevitable, las precauciones deben ser extremadas. Los mangos de sartenes y cazos deben estar siempre hacia adentro. El

niño —y esa es una de las razones de la frecuencia de sus accidentes— tiene una inmensa curiosidad por todo, que unida a su inexperiencia —es decir, a la falta de relación riesgo-peligro—, le hace especialmente vulnerable. Si a esto unimos su potente sentido de la imitación, completamos el cuadro genérico de sus accidentes.

Otro aspecto de la cocina que parece interesante destacar es el de los hornos. Me comentaba un psicólogo que esos hornos transparentes y que alcanzan temperaturas muy altas, tienen el enorme riesgo de que el chaval los asimila a una pantalla de televisión. Y quiere tocar. Y, desde luego, su curiosidad, abierta a todo, le llevará a ver qué es lo que hay dentro.

Los braseros, estufas, hornillos deben estar protegidos. Y un aspecto de consideración es el de las fibras que la industria ha puesto a nuestro servicio. Siempre que sea posible, los niños deben vestirse con tejidos no inflamables. Esas nuevas fibras, además de arder a una velocidad impresionante, se adhieren al cuerpo, al derretirse sus componentes plásticos...

Si en la casa hay chimenea, ni que decir tiene que se deben extremar las precauciones. Debemos ser conscientes de que el niño tiene, además, una afición especial por el fuego. Hay una edad —podemos situarla entre los seis años— que el niño descubre el fuego. Le atrae. Su movilidad, su indudable belleza, también a él le gusta. Y es cuando procura por todos los medios, hacer fuego. Todos los padres que estén leyendo estas líneas, recordarán cuándo sus hijos lograron encender su mechero por primera vez, o aprendieron a frotar la cerilla contra la caja. La cara de satisfacción, de alegría, al haber *logrado* hacer fuego es indescriptible. Pues bien, esa atracción es un peligro constante y una amenaza de accidente.

Mucho es lo que podemos hacer por evitar los accidentes en la infancia. En todos los aspectos, que quizá algún día detallemos con más amplitud.

Pero no quisiera terminar sin hacer una referencia al otro grupo de población que *padece* el riesgo de la casa de forma permanente: la tercera edad.

Normalmente sus accidentes hogareños entran en el campo de la traumatología, pues los tipos de accidente son, por lo general, caídas. Creemos conveniente hacer una llamada de atención, porque esas caídas de los ancianos se producen *siempre* por tres causas: o por tropezar en el borde de una alfombra, o en la escalera, o en el baño.

Conociendo esos lugares, la prevención resulta, aparentemente, sencilla. En principio, evitar alfombras que puedan representar ese peligro. en segundo lugar, aconsejar en la escalera el uso del ascensor. Hay una mala costumbre. Se baja andando, porque así « se mueven las piernas». Si se pretende que se haga ejercicio, que suba las escaleras despacito, sin agotarse. Pero que las baje en el ascensor. Las caídas *siempre* se producen al bajar, nunca al subir.

Y, por último, el baño. ¿Tan difícil resulta adaptar una barra que sirve de asidero? Simplemente con eso, se evitarían muchos accidentes. Accidentes que, insísimos, no son accidentales en el mayor porcentaje de casos. Es sólo cuestión de atención y vigilancia. Y de tener conciencia clara de que la pregunta que encabeza estas líneas tiene una respuesta, por desgracia, positiva. Muy positiva. ■